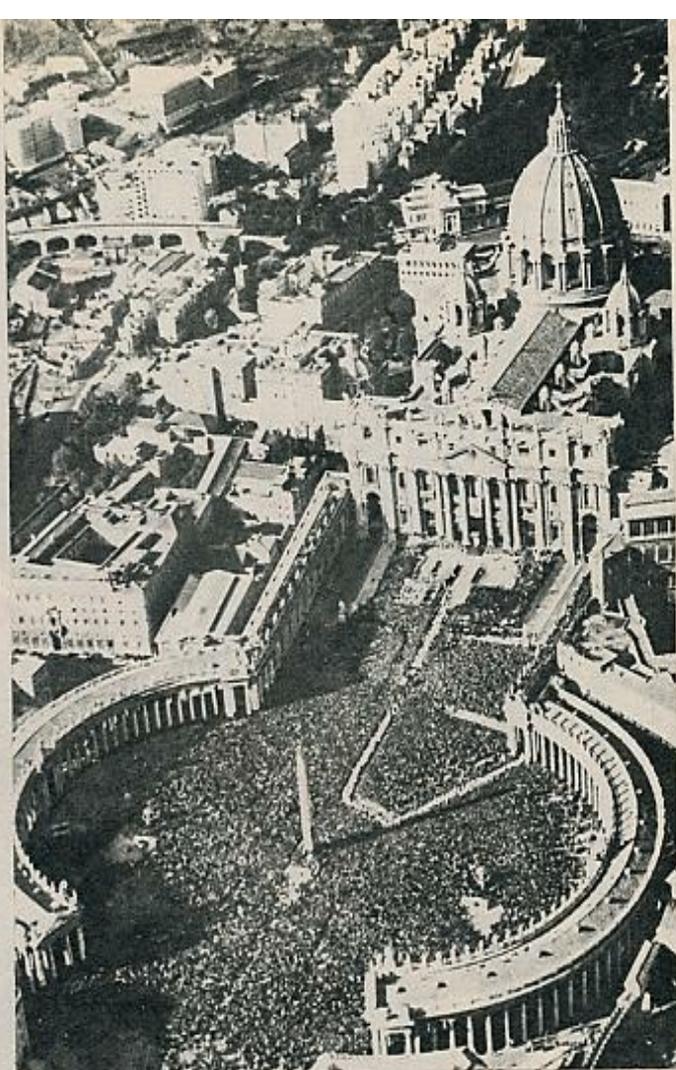


LOS ATEOS

Por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**



MUCHOS Padres conciliares han tratado del tema del ateísmo, que yo toqué hace meses. Y han hecho una importante distinción: lo decisivo no es hablar del ateísmo, sino de los ateos. Y de ahí debemos de partir para ser realistas.

cansancio de teorías

Hoy el mundo está cansado de teorías y explicaciones abstractas. El ingenio —principalmente en nuestro país— ha perdido a nuestra inteligencia muchas veces (demasiadas veces). Hemos sido aficionados en exceso al ensayo, que es lo contrario de la ciencia. Como decía Ortega: la ciencia expone sus razones, y el ensayo las oculta. Y me pregunto: ¿por qué? Seguramente porque tememos descubrir nuestro juego de ingenio, que sólo es de fuegos artificiales, y no de seriedad y de trabajo basado en la razón.

Elucubrar sobre lo que sea el ateísmo es de buen tono, y hasta da una ficticia superioridad a algunos que, con sus elegantes distinciones solamente, creen haber pulverizado a los que no creen en el más allá.

Pero lo importante para un cristiano no es eso, sino las personas. Uno que verdaderamente lo sea ha de respetar a todo hombre. De ahí que las cosas que superficialmente se escriben sobre los ateos, en ciertos libros, dictaminando «a priori» de su buena o mala fe, son pura palabrería.

Lo mismo que lo son bastantes de las aparentes razones que se esgrimen contra el ateísmo, que —por su poco valor humano— convencen bien poco a los ateos de carne y hueso.

El Papa —y el Concilio— están preocupados por ello; y han mostrado esta inquietud a la faz del mundo. Y nosotros debemos seguirles en esta sana preocupación abordando, con franqueza, el problema de los ateos.

problemas del ateo

«Según el punto de vista del esquema XIII, hay que considerar más a los ateos, y no al ateísmo» (monseñor Marty).

Yo conozco algún eclesiástico que ha hecho bellos análisis sobre el tema, y a la hora de la verdad no quiere concretarse a un verdadero diálogo con los ateos. Ese es el mal del que cree que basta hablar desde las nubes. Es preciso descender a la arena, y allí dialogar en amistad, lo cual requiere dos cosas. Deponer toda superioridad personal en el diálogo, y tratar de comprender al interlocutor.

Y yo creo —con muchos obispos en el Concilio— que los tres grandes problemas personales de los ateos son: 1) que muchas veces se forman una idea falsa de Dios, que es lo que combaten con toda razón; 2) que desean un verdadero humanismo muchos de entre ellos; y 3) que son gran cantidad los que han heredado, en el mundo de hoy, esta idea atea y la creen un verdadero progreso.

«Hay que afirmar que la idea que los ateos se hacen de Dios no es la verdadera» (monseñor Seper). Nosotros, los católicos —y en general, los creyentes de cualquier religión—, tenemos que hacer un esfuerzo sincero por «desmitologizar» la idea de Dios: «El mundo moderno se inclina menos al ateísmo que a una desmitologización» (monseñor Méndez Arceo).

Son muchos los mitos falsos que se han mezclado con los conceptos religiosos en la vida de los creyentes: no tenemos sino recordar ciertas costumbres semi-supersticiosas, explicaciones fantásticas y temas «tabú». El hombre, sin embargo, es un ser que debe tender necesariamente a progresar externa e internamente, luchando contra todos los impedimentos que le ponen a este avance la rutina, la imaginación y el sentimiento.

Hoy el mundo está «a la búsqueda de una nueva valoración de lo absoluto» (monseñor Méndez Arceo). Pero no quiere ponerlo en esas imágenes infantiles que hemos dado de Dios a veces los cristianos. De ahí que los hombres de hoy parecen, en ocasiones, irreligiosos —como señaló el teólogo católico K. Rahner— cuando lo que buscan es sólo un concepto del absoluto más depurado y menos antropomórfico. Y la culpa la tenemos nosotros, que no hemos

sabido dárselo. No nos hemos atrevido a aceptar valientemente su reto, y entrar en una crítica depurada de la falsa imagen de Dios que algunos se hacían, para poder valorar así lo que de legítimo tenía la postura de estos hombres, que rechazaban las ingenuidades de algunos creyentes, incluso teólogos.

¿condenación o comprensión?

Es para nosotros más fácil condenar, que estudiar y reflexionar. «El fin que perseguimos no es directamente la condenación», dijo el arzobispo de Zagreb al Concilio. Y el cardenal Koenig afirmó: «No hagamos una nueva condenación del ateísmo, pues esto no serviría absolutamente para nada».

Si a alguien tenemos que condenar es a nosotros mismos, por la responsabilidad que nos incumbe en las causas del ateísmo de los incrédulos. «Históricamente, el ateísmo se ha propagado por la falta de los cristianos mismos, muchos de los cuales no tienen, ni tienen, una justa noción de Dios ni del hombre» (cardenal Koenig).

Y los remedios a estos males han de ser: 1) el testimonio de los cristianos unidos —y no lamentablemente desunidos en su religión (escándalo enorme para el no-creyente)—; 2) la justicia social, ya que las injusticias de los cristianos han conducido a bastantes ateos a rechazar la idea de Dios, en el cual dicen creer esos cristianos; 3) la cultura religiosa que supere la terrible ignorancia en que los responsables —eclesiásticos y seculares— del pueblo cristiano le hemos tenido muchas veces. Y conste que esta ignorancia no es sólo el simple no saber, sino también la semi-cultura de los manuales religiosos que, en demasiadas ocasiones, presentan una idea bien pobre de la religión y de sus bases profundas. ¡Cuántos padres conscientes se quejan, con toda razón, de la enseñanza religiosa recibida por sus hijos!

el humanismo de los ateos

«Un ateo consciente y reflexivo se presenta, ante todo, como un humanista, venga del positivismo, del marxismo, del existencialismo o del psicoanálisis» (monseñor Marty).

Por eso no es extraño que el patriarca Máximus IV haya exclamado ante el Concilio: «El enorme pecado que Jesús denuncia sin cesar, en su Evangelio, es el egoísmo y la explotación del hombre por el hombre». Y se revuelve, este gran obispo católico, contra quienes querrían que el esquema conciliar número XIII hablase más de la cruz y de la resignación de los hombres. Porque la cruz que muchos hombres padecen es precisamente la que los cristianos egoístas y satisfechos hemos impuesto a los desheredados de la fortuna: «¿Quién sino el egoísmo de los cristianos es el que ha provocado, y provoca actualmente en gran parte, el ateísmo de las masas?».

«Hay que reconocer una responsabilidad parcial —en este ateísmo— en los que dentro de la Iglesia favorecen un conservadurismo inmóvil» (monseñor Seper). Conservadurismo inútil y perjudicial que está latente en demasiadas cosas humanas de la Iglesia.

Si cuando se trata de la libertad religiosa, por ejemplo, queremos libertad sólo para la Iglesia Católica y restricciones legales para todo el que no sea católico; si estamos hablando siempre de los derechos de la Iglesia como si fuera una institución de dominio; si añoramos los tiempos en que el altar y el trono estaban confundidos; si miramos por encima del hombro a todo el que no piense como nosotros..., entonces no esperemos que de verdad se nos respete ni se nos crea. ¿Qué confianza demuestran en la verdad, y en la acción secreta de Dios en las almas, quienes siempre claman por una ayuda civil, porque de lo contrario piensan que toda la religión se les viene abajo?

Mientras de verdad no respetemos a todo hombre, y favorezcamos su promoción humana; llámese intelectual, obrero, joven o mujer..., no podremos contar con que nadie comprenda el testimonio del cristianismo en el mundo.

Si alguno se ha hecho ateo por verdadero humanismo, que no lo ve en los cristianos, no es él el culpable de su ateísmo, sino los que se llaman cristianos y no respetan ni promueven al hombre.

Esos son los factores de la más aparente que real incredulidad de muchos ateos.

¿humanidad atea?

Si la tercera parte del mundo está dominada por el ateísmo, nos encontramos ante un fenómeno nuevo en la Historia de la Humanidad. Ningún siglo pasado ha conocido esta experiencia.

Por eso el Concilio no puede tratar este problema como si el mundo fuese creyente, y sólo unos pocos hombres desviados se alejasen de la creencia de casi toda la Humanidad.

«Hay que considerar que el ateísmo es un hecho que muchos hombres lo han recibido heredado, y estiman que ha sido para ellos un factor de progreso» (monseñor Seper). Por eso «hay que distinguir entre para quien el ateísmo es el resultado de una decisión personal, y al que se le ha impuesto por un sistema, con medios injustos y presiones morales e incluso físicas» (monseñor Wotyła, arzobispo de Cracovia).

Se impone, no obstante, en uno y en otro caso, «mostrar al ateo que la religión no es una alineación del mundo, sino una conversión» (monseñor Wotyła, arzobispo de Cracovia).

De ahí que sea necesario un diálogo —como dice monseñor Marty que se hace en Francia—, y no sólo un diálogo de palabras, sino una comunión de vida. «Es necesario que los sacerdotes y los cristianos participen de la misma vida de los ateos: ésas son las verdaderas armas cristianas» (cardenal Koenig). Nosotros tenemos que demostrarles, conviviendo con ellos, en medio de los mismos problemas del mundo, que la «creencia en Dios no es una ilusión que disminuye al hombre» (monseñor Marty). Y mientras no lo demos-tremos con hechos, huelgan en gran parte las palabras. «Hay que demostrar, de una manera positiva, que la fe no sólo no impide trabajar por el progreso de la Humanidad, sino que lo impone como un deber» (monseñor Seper).

El católico, por otro lado, debe abandonar de una vez para siempre la pretenciosa postura de querer dogmatizar acerca de todo lo humano y lo divino. Debe recordar siempre que sólo la Iglesia universal es infalible; pero que él, individualmente, no lo es nunca.

De ahí que este diálogo abierto con los ateos «no conduce a ser superficiales, sino que hace estudiar, purificar y profundizar la fe», como decía el arzobispo de Reims, hablando del diálogo entablado en el país vecino entre católicos e incrédulos.

diálogo abierto

Nosotros queremos un diálogo abierto con todos los hombres, no sólo con palabras, sino en obras de verdad, que les demuestren que nuestra religión no es un freno al progreso, sino un impulso íntimo, que calienta en lo más profundo de todo verdadero creyente, para rehacer el mundo con mayor justicia y humanismo.

En el Concilio —por sus mejores cabezas pensantes— se ha reconocido algo que todos debemos ayudar a que sea un hecho en breve:

- 1) «Que la Iglesia se ha encerrado en un tipo de cultura, ligada a una filosofía determinada» (monseñor Elchinger).
- 2) «Que el magisterio eclesiástico, aunque rinde un gran servicio descubriendo los errores, debe hacerlo con respeto para las personas. Hace unos años algunos teólogos fueron reducidos al ostracismo, y, ahora, son peritos conciliares, lo que demuestra que el magisterio eclesiástico deberá tener gran delicadeza con las personas..., y dar a todos la posibilidad de ser sinceros» (monseñor Pellegrino, arzobispo de Turín).
- 3) «Tiene que tener el Concilio la valentía de reconocer las faltas de ciertos miembros de la Iglesia en otros tiempos históricos, y pedir perdón por ello» (monseñor Kuharic, auxiliar de Zagreb).

El cristiano consciente y culto debe ser la vanguardia de estas reivindicaciones, que permitirán demostrar a los incrédulos nuestra sinceridad en el diálogo constructivo con ellos, demostrándoles que nuestra propia Iglesia fomenta el progreso de los hombres, y el respeto a toda personalidad humana, dentro o fuera de sus cuadros.